

MANUEL A. DIEZ

Tema: "La Filosofía de la Historia".
19 de abril de 1900

Señores:

En este día en que conmemora la Patria el triunfo de la idea de la Independencia, me es placentero a la vez que honorífico el dirigiros la palabra, vibración del pensamiento comunicable a nuestros semejantes para conservar la existencia, desarrollo y progreso de la humanidad.

"La palabra, escribe el elocuente Castelar, es el más bello, el más propio, el más natural, entre los instrumentos del espíritu, el más rápido, el más armonioso y el más esplendido de los medios del arte.

"La palabra construye como la arquitectura, esculpe como el buril, pinta como el pincel y canta como la música."

Yo me diría feliz si poseyese la elocuencia que seduce, cautiva y convence para satisfacer y corresponder a la honrosísima distinción que han hecho los Individuos de la docta Academia Nacional de la Historia al nombrarme Individuo de número de tan distinguida Corporación. Mas no pudiendo elevarme con mi palabra a la altura que deseo, supliré mi insuficiencia con la entusiasta voluntad que me anima de cumplir el precepto legal de discurrir sobre un tema adecuado a su institución.

Al dirigiros la palabra, desde esta elevada tribuna donde tantos oradores han brillado por su elocuencia y su talento, encuentro que la voz de algunos de ellos se ha extinguido para siempre.

Destino de la humanidad, pasar como una sombra dejando de sí a las veces una memoria más o menos perdurable.

Esta Corporación inscribe y conserva religiosamente en sus anales el nombre y la labor de los civilizadores de nuestra Patria.

Ilustres Académicos: vuestra benevolencia me ha conducido a ocupar el sillón donde brilló el Académico Señor Telasco A. Macpherson, cuyos merecimientos eran superiores a sus años: vida consagrada a las letras y a la Patria y fenecida prematuramente.

En su peregrinación por el mundo deja estela luminosa que la esponja del olvido no borrará; porque las ideas no mueren y los libros son monumentos imperecederos.

El diccionario histórico, geográfico, estadístico y biográfico del Estado Lara, que escribió, patentiza la constancia, laboriosidad e ilustración del autor.

Lastima que no hubiese podido terminar obra de tan subido mérito y de tamaña trascendencia.

Publicó además un libro intitulado *Kaleidoscopio*, donde al chiste y al bien decir se aúnan consideraciones filosóficas y morales que guían, ilustran y recrean el espíritu.

Tales entre otras lucubraciones son las credenciales del ilustrado académico cuyo nombre queda inscrito entre los fundadores de esta docta Corporación.

Rendido este tributo de justicia y consagrado un recuerdo al ausente de la vista, paso a desarrollar la siguiente tesis:

La Filosofía de la Historia es la que resuelve los problemas de la civilización del pasado, presente y porvenir adquiriendo así el triple carácter de didáctica, justiciera y profética.

Al desarrollarse la inteligencia del hombre, la razón le induce a inquirir el por qué de su existencia y de lo que le rodea, entonces concentrado en sí mismo y palpando su pequeñez exclama: ¡hay un Criador a quien debo tributarle mi eterno reconocimiento por las innumerables maravillas que contemplo! Y he aquí, señores, el origen del culto, la elevación del espíritu y de los ideales del alma, que admira la grandiosidad y belleza de las obras del Autor de todo lo que existe.

El mundo ha tenido dos móviles, hijos del dualismo del ser pensante: el del espíritu, que cautiva por la fuerza simpática e irresistible de lo bello y el del cuerpo puesto en actividad, que constituye el imperio de la fuerza.

Todas las naciones han mostrado en mayor o menor escala estos caracteres inherentes a la humanidad, predominando uno u otro según la índole, época, civilización y progreso evolutivo de las naciones. En la antigüedad sobresalieron y marcaron estas dos fuerzas activas, que impulsan a las naciones en su perfeccionamiento: la Grecia, patria del idealismo, y el Imperio Romano, morada de la fuerza y del Derecho. El idealismo de la Grecia, realizado en parte en la Estética, vive y vivirá eternamente, en sus obras que hasta hoy no han sido superadas ni lo serán en los tiempos venideros.

"Hoy, la Grecia, no es más que una sombra, escribe el historiador Valero Pujol, pero la luz que irradió, refleja y reflejará muchos siglos en el pensamiento humano; pueblo grandioso que más se admira cuanto más se estudia; patria de la filosofía y del arte en cuyos pensamientos y en cuyas obras se inspira nuestro tiempo; cuna de los héroes más famosos de la edad antigua; nido de todas las bellezas y de todas las glorias; religión de la fantasía cuyos ideales están en la perfección, en el saber y en la libertad; escuela envidiable que no ha tenido rival y que ha prestado al mundo un ejemplo brillante en cada una de las manifestaciones de genio."

Los romanos, hijos de la fuerza, siguieron un rumbo distinto y creyeron que esta bastaba para civilizar la humanidad; pero se convencieron con el tiempo y con el trato de los griegos, de que el hombre no solo vive de pan; que la fuerza no lo realiza todo y que el espíritu necesita tener atmosfera propia, y unieron al imperio de la fuerza el de las ideas, y entonces Roma se hizo la Señora del mundo.

"Nada más etéreo, escribe Castelar, que las ideas: nada más poderoso. No se ven, no se tocan y todo lo subyugan. Armad contra las ideas los ejércitos del mundo y los ejércitos del mundo serán desarmados. Las ideas van como las semillas de ciertos árboles: en el aire. Las ideas traspasan los muros de los calabozos. Las ideas se levantan de las hogueras que han consumido la sangre de los mártires. Los hombres más poderosos del mundo no pueden detenerlas."

Ningún acontecimiento se ha verificado en la vida de las naciones sin que haya sido precedido por una idea benefactora y luminosa; puesto que el hombre siempre ha aspirado a su bienestar y perfeccionamiento. Dicha idea, hija de un cerebro privilegiado, se anuncia al mundo inteligente, los grandes pensadores la estudian, la modifican, la amplían, indican su aplicación; la idea se populariza y entonces los pueblos no omiten sacrificios, y la sociedad recibe el fruto de la gestión intelectual de los que le dieron calor, vida y desarrollo al germen del pensamiento.

La idea nueva perfecciona o destruye la idea antigua o edifica un especial monumento que perpetúa la evolución civilizadora de los pueblos.

Las ideas civilizadoras triunfan siempre, ora por la convicción, que es el triunfo pacífico, ora por la fuerza, doloroso, pero medio indispensable algunas veces para combatir la ignorancia y la rutina, triunfos éstos que cuestan a la humanidad sangre, lágrimas y luto. Tiempo llegará en que los progresos sociológicos sean incruentos: cuando la libertad, igualdad y fraternidad sean los móviles de la humanidad. La historia relata estos adelantos; no es pues una simple narración de hechos.

Un hecho histórico tiene su razón de ser y toca a la filosofía de la historia estudiar las causas, apreciarlas y ver la conexión que tiene con el acontecimiento realizado, de donde se deriva la alta misión del historiador filosófico. Una historia sin su complemento filosófico es un cúmulo de hechos, leyendas y anécdotas que muy poco instruye.

Cuando el historiador filosofa sobre los acontecimientos los medita concienzudamente, su juicio es más sereno e imparcial, puesto que sólo apreciará la idea, la forma, la oportunidad, los beneficios o los males que hayan ocasionado aquéllos. Será también más justiciero su juicio respecto de los actores y de los medios que pusieron en práctica para realizar el pensamiento que galvanizó la comunidad. La filosofía de la historia valorando los trabajos de los obreros de la civilización, enseña lo que es justo, útil y progresista y recompensa a los excelsos varones que dedicaron su vida al bien de sus semejantes; así como anatematiza a los que impulsados por pasiones egoístas sólo han tenido en mira su engrandecimiento vulnerando los fueros sacrosantos de la humanidad.

"La historia, ha escrito el ilustrado y elocuente Académico doctor don Marco Antonio Saluzzo, es el atributo distintivo del género humano; atributo que varía con los tiempos y en cada una de sus variaciones deja constancia de las distintas fases del progreso. La historia es el testamento de las edades pasadas, y no como quiera, sino filosóficamente concienzudo; la expresión razonada de lo presente; el presentimiento lógico de lo porvenir.

"Suprimid la historia, y habréis suprimido la humanidad, pues tal no podría llamarse la grey que dividiera con el bruto naturales y groseros instintos: que fuese idéntica en el tiempo y consiguientemente extraña al progreso; y por último, que no dejase a su paso sobre la faz de la tierra sino ruinas y osamentas.

"Sin historia podría existir el hombre, pero de ninguna manera el ser colectivo que se llama humanidad."

"Una ley de la historia, escribe Valero Pujol, es la emancipación del hombre por el trabajo y por la reflexión: por ellos el individuo y las sociedades se levantan de la vida primitiva que les tiene apegados a la tierra y se separa del dominio de la fuerza que cohibe las explosiones libres del espíritu. La historia se refiere al hombre en todas sus relaciones del orden religioso, político, social, consuetudinario.

"La historia busca el hecho y la idea, no el misterio: cada cosmogonía expresa el juicio de los sabios en un tiempo determinado, pero juicio modelado por el jeroglífico cuyo sentido íntimo sólo en esta época comienza a revelarse."

La historia de las naciones modernas se asemeja, en cierto modo, a la historia griega y a la romana. Éstas presentan modelos de todo linaje que eximios pensadores han consultado e, inspirados en ellos, han resuelto los problemas históricos referentes a su tiempo.

La humanidad tiene tendencia imitativa; pero modifica y trata de ser original aun en los pequeños pormenores; de aquí el que cada ilustre personaje tiene algo propio que le caracteriza y que las diversas etapas de la humanidad presenten siempre novedades que son peculiares en su movimiento civilizador.

Todo lo cual es natural y lógico si se considera que la historia no es sino la psicología de las naciones, que hace funcionar el organismo social y lo conduce a su progreso y bienestar.

El estado primitivo del hombre fue el patriarcado y su primera industria la pesca y la caza; al reproducirse se dedicó a la cría, que le aseguró la subsistencia, y la vida pastoril aumentó su bienestar; mas después se consagró a la agricultura que fijó su residencia, definió su propiedad a la vez que estrechó las relaciones con sus semejantes. Y se formaron los pueblos, ciudades, naciones e imperios que prosperaron muy principalmente a orillas de grandes ríos favorables siempre al cultivo de los campos.

Eran en extremo limitados los conocimientos del hombre por aquellas edades; el instinto de conservación, el recuerdo y la experiencia guiaron paulatinamente su regular desenvolvimiento en el medio en que se reproducía.

Los fastos de la humanidad comienzan por la tradición oral, transmitida de una a otra edad en forma más o menos poética, lo que dio origen a la mitología, conjunto de símbolos con que caracterizaban su vida, leyes, costumbres, religión, pasiones, recompensas y castigos.

Todo lo inexplicable era para ellos sobrenatural; y se divinizaba a los hombres, y aun a los astros y otras cosas inanimadas.

Estas, como nebulosas que presenta la humanidad en su infancia, no se han disipado completamente todavía, a pesar de los datos que suministra la Antropología, Numismática, Lingüística y Sociología. Mucho se ha hecho en el sentido de esclarecer la verdad y los grandes pensadores trabajan continuamente para iluminar los puntos oscuros de la época prehistórica.

Todos los pueblos han guardado como reliquias sus recuerdos: valiéndose para ello de la tradición, la escritura y, por último de la imprenta. A la narración verbal siguió la escrita con la que se obtuvo más claridad, precisión y exactitud en las ideas. El papiro, el pergamino y por último el papel fueron facilitando y haciendo más general el conocimiento de los sucesos.

El descubrimiento, en fin, de la imprenta por Juan Guttenberg, resolvió satisfactoriamente todas las dificultades y con este portentoso invento las ciencias, las artes e industrias, se pusieron al alcance de todo el mundo. La imprenta, como el sol, ilumina el orbe de las inteligencias; sus rayos son algunas veces abrasadores, otras tienen la placidez de los destellos de la aurora y otras la melancolía de los rayos de la tarde.

La imprenta es la mejor propagandista de la verdadera civilización del planeta. Ella es siempre benefactora; porque alerta, corrige, entusiasma y abre ancho campo al saber humano, que tiende a la perfección. Elevada hoy a la categoría de poder, su voz, eco de la opinión, refleja el pensar de la comunidad; es oída y respetada.

El mutismo de la prensa proviene de la ignorancia o de la tiranía que infunde pavor.

Imprimir es civilizar. La gloria de Guttenberg es imperecedera.

Se ha escrito que la vida es un combate, una borrasca continua, recordando estas palabras de Job; *Militia est vita hominis super terram*. Verdad incontrovertible. Cuando los medios de existencia se dificultan para el hombre y para los pueblos, entonces proceden éstos obligados por la necesidad y la lucha pacífica por la vida toma carácter perturbador: la tranquilidad social se pierde, y la guerra se inicia con todos sus horrores: tal es la *causa económica* de muchas revoluciones.

"En todos los siglos, escribe E. Jouy, la guerra ha sido el espanto de las madres y el horror de las naciones. El poeta Aristófanes la ha representado bajo la figura de un monstruo gigantesco armado de un pilón y un mortero en que pulveriza las ciudades y sus habitantes."

El estudio de la historia prueba que toda idea progresista, doloroso es decirlo, ha costado casi siempre a la humanidad, lágrimas, sangre y luto; y que múltiples causas han precipitado a los pueblos a la guerra.

La razón, la libertad, la igualdad, la justicia, la virtud: atributos distintivos del hombre, han tenido siempre adversarios que combatir y la sociedad se ha visto en la imperiosa y terrible necesidad de recuperar por la fuerza sus derechos violados; derivándose de eso la *causa social*, la *causa económica* y la *causa política*, que justifican las guerras.

La filosofía de la historia examina las causas de las revoluciones y manifiesta el veredicto sobre los beneficios y la moralidad de los períodos convulsivos de las naciones.

La idea de la Divinidad y las diferentes apreciaciones que de ella ha hecho el hombre han sido causa de la diversidad de religiones que existen en el mundo. Las facultades de la razón se han empleado para el convencimiento; pero ellas no han sido siempre suficientes para esclarecer y propagar con eficacia la verdad religiosa y muchos menos prosélitos ha granjeado la Religión por el uso de la fuerza.

III

Cuando se trata de resolver ciertos problemas históricos hay que contar principalmente con las modificaciones que imprimen a los pueblos el medio en que viven; así como también con la influencia que sobre dicho medio ejerce el hombre, poca es esta influencia si se compara con la primera y sobre todo con la que es propia del clima.

En efecto, en los climas templados y fríos las ideas son menos turbulentas, se piensa y se reflexiona más, y las resoluciones son más tardías; en los países cálidos la viveza de la imaginación apresura las evoluciones, que se llevan a la práctica con una actividad análoga a la fuerza incentiva que vivifica a la nueva idea.

Es de observar que los grandes trastornos sociales y políticos acaecen en su mayor parte durante los meses estivales.

La mujer, mitad preciosa del humano linaje, por la misión que llena y por la influencia poderosa que tiene sobre el ser a quien dedica sus desvelos, nutre con sus ideas al hombre, le inspira y le hace girar en la órbita social, siendo así ella un factor en la evolución de la sociedad de su tiempo. La influencia de la mujer está bastante definida en muchas épocas históricas.

En efecto, ¡cuántos acontecimientos no se han verificado en la vida de las naciones por la inmediata influencia de ella! El medio social influye también notablemente en las determinaciones del hombre: en los pueblos en que se respira el aire de la libertad, toda tendencia autocrática provoca reacciones enérgicas y la guerra, como última razón, decide e impone la opinión, Señora del mundo.

Otras causas perturbadoras de la tranquilidad social, son: la ambición al poder, a la gloria, a las riquezas, y el intenso amor al lugar donde se nace.

Por la ambición al poder, pueblos y gobernantes son lanzados a las guerras de conquistas, lo que engendra odios nacionales y particulares; si se adquieren triunfos, éstos son más o menos temporales, porque sólo por asimilación de los pueblos es como se consigue el cambio dentro de una nacionalidad en otra.

Muchas veces las naciones han sacrificado su prosperidad y su halagüeño porvenir en aras de la gloria o de la honra que han creído mancillada.

La diplomacia moderna, inspirándose en la razón y la justicia, va dándole soluciones pacíficas a las cuestiones que antes costaban tanta sangre y lágrimas.

El deseo de adquirir riquezas produce conflictos dolorosos, sin reportar las más de las veces ningún beneficio.

El amor a la nativa tierra o sea la tendencia, que es instintiva de los pueblos a conservar sus tradiciones, usos, costumbres y religión, hace que se vea con ojeriza y desconfianza, cuando no con odio a los extraños.

La civilización, empero, ha ido estrechando cada día más los lazos de confraternidad en la familia humana.

IV

La Sociología que estudia el nacimiento y desarrollo de las naciones, indica la regla de su estabilidad y progreso, ensancha las relaciones entre las comunidades y da soluciones pacíficas a las cuestiones nacionales; contribuyendo así a la confraternidad universal, que tiene por principios cardinales los axiomas eternos de la moral.

"Haz por otro lo que quieras que se hiciese por ti"; ésta es la virtud.

"No hagas a otro lo que no quieras que se hiciese contigo": ésta es la justicia.

Estas leyes son consecuenciales de los preceptos del Decálogo, que ordena: Amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a sí mismo.

Para esclarecer y darle solución a los problemas históricos se tiene: la Etnología, o sea el estudio de las razas y sus aptitudes para las ciencias, artes e industrias.

La Estética, que aprecia la belleza de la idea y de la forma que la representa gráficamente; la Sociología, que como hemos dicho, señala las leyes del desarrollo y perfeccionamiento de la sociedad; todas estas ciencias y las que les son auxiliares suministran importantes y preciosos datos a la Filosofía de la Historia, datos con los cuales el historiador puede resolver los problemas de los anales del género humano, fijar las causas de los hechos consumados, explicar los presentes y profetizar los futuros.

Esta Academia posee historias, biografías, documentos, tradiciones, folletos y publicaciones periódicas, que marcan el rumbo que ha seguido Venezuela, desde que fue descubierta y conquistada hasta nuestros días.

Y con el estudio de tan rico archivo ha publicado y seguirá publicando los Anales Patrios.

Creo de oportunidad manifestar que entre sus labores, sobresale la verificación del acta de la independencia llevada a cabo con patriótico interés y venciendo dificultades que parecían insuperables. Documento importantísimo; puesto que con él se abren los anales de la Patria. Por esa adquisición merece la Academia Nacional de la Historia la gratitud del pueblo venezolano.

Recibid, doctos Académicos, mi entusiasta aplauso por obra tan patriótica como meritoria.

Ilustres Académicos: me habéis distinguido con la honra de contarme en el número de vuestros colaboradores y debo manifestaros que trataré de suplir mi insuficiencia con la patriótica y entusiasta voluntad que me anima de prestar mi pequeño contingente en la magna obra de que estáis encargados. Un imprescindible deber, el de la gratitud, deuda sagrada del corazón, me excita a declarar públicamente mi profundo reconocimiento por la honrosísima distinción que me habéis conferido, nombrándome Individuo Académico de la Historia.

Permitidme, señores, manifestar también mi gratitud a la benévola e ilustrada concurrencia que ha honrado este acto con su presencia.